

VI.

SOLEDAD DEL ALMA:

Habiendo vivido en la escuela de las ásperas adversidades, la señora Needle no era por ningún concepto insensible á las desventuras ajenas; y (cosa rara en las personas no iluminadas por la luz del Cristianismo veraz) hacía consistir gran parte de su sincera piedad en socorrer á sus hermanos, si bien por ignorancia, en lugar del pez, proporcionaba el escorpión frecuentemente. A medida que la fortuna contraria redobló sus golpes contra ella, se confirmó en el propósito de cumplir sus deberes. Su esposo querido, por no decir adorado, murió cuando más podían florecer sus esperanzas humanas, dejándola viuda con tres hijos, de los cuales el primogénito era varón. Mistress Needle, joven aún (tenía treinta años), rica por su inmensa fortuna

y por la de su difunto, se dedicó á la educación de su familia con incomparable amor, poniendo sobre las tres blondas cabecitas todo su afecto para el presente y para el porvenir. Con resolución y constancia desdeñó todas las proposiciones de ventajas ó de goces personales.

Los dulces cuidados maternales derramaban algunas flores por la calle solitaria de su viudez precoz; pero sin embargo sentía grandemente que se debilitaran á su alrededor los vínculos de las sociales relaciones. No bien se fué divulgando su irrevocable propósito de rechazar nuevos lazos, los amigos que frecuentaban sus reuniones y tertulias en Londres, como también su quinta de recreo en los valles de Northumberland, se fueron alejando insensiblemente, trasformándose en simples conocidos. Sólo permanecieron fieles algunos padres y madres de familia, que formaban lejanos planes sobre sus hijos. Se acostumbró á la quietud, no sin un arcano sentimiento de melancolía: parecíale su sistema de vida semejante al curso de una barquilla que surca un lago deleitoso, á quien nadie aguarda en el puerto. Quizá cuando llegasen sus hijos á la pubertad, florecerían nuevamente para ella las rela-

ciones sociales; pero por entonces, fuera de su palacio, nada se movía en el mundo que hiciese vibrar las fibras de su corazón.

A la verdad, las dos muchachas le habían sentir suaves delicias. Al parecer habían heredado la rectitud de su corazón, dispuesto al bien naturalmente: iban creciendo á sus ojos según las deseaba, y semejantes á ella, que había sido á su edad una cándida criatura, sólo ansiosa de complacer á su madre. Por el contrario, John, el primogénito, ya llegado al fin de sus estudios, y no distante de la mayor edad, que lo constituiría jefe de la casa, le daba mucho en que pensar. El pobre había nacido en la India, enfermando desde su nacimiento por un susto grandísimo que su madre sufrió cuando aún le llevaba en su seno, al atravesar el Ganges, á causa de un cruel cocodrilo que se lanzó á su barca. Por añadidura, el clima destemplado de aquellas regiones le perjudicó, pasando en su virtud, toda su infancia flaco, y con peligro. Llegada la edad de los primeros estudios, poco ó nada pudo aprovechar, atendidas las frecuentes vacaciones por su salud vacilante completamente necesarias. Suplía, sin embargo, con su inteligencia y con su deseo ardiente de aprender. De

aquí nueva ocasión de temores para su madre. John vivía mucho más sumergido en los libros de lo que demandaba su edad, y era poco aficionado á la conversación, impenetrable, sombrío, taciturno é incapaz casi de una sonrisa. ¿Tenía corazón para su madre? ¿Para sus hermanas? ¿Quién podía saberlo?

¡Cuánta luz de resignación hubiera irradiado en el alma frecuentemente afligida de la pobre señora la suave mística del catolicismo, si hasta ella hubiese podido resplandecer! Mas los bálsamos secretos que brotan de las fuentes del Dios crucificado no llegaban á sus heridas. A saber proporcionarse algún alivio, lo hubiese hallado en un oratorio devoto de su casa, y en un altar donde hubiera descendido de cuando en cuando la inefable Víctima! ¡Lo hubiese hallado además en las horas de mayor angustia, rezando allí con fervor el *Vía-Crucis!* ¡Lo hubiese hallado, en fin, reuniendo por la noche á su familia, y hablando con el Padre celestial del eterno destino, como también de la felicidad del otro mundo! No conocía las deliciosas lágrimas de un fiel arrepentido, que aguarda el perdón de sus culpas en el tribunal de la pe-

nitencia; ni los celestiales gozos de un alma pura, convidada al banquete angélico; ni las horas silenciosamente absorbidas delante de una imagen de la Virgen divina de los Dolores; ni la pura voluptuosidad, en fin, que las cristianas generosas encuentran cuando enjugan el llanto de los pobrecitos. Era, sí, espléndida cuando se trataba de auxiliar á los necesitados: pero no había sabido nunca leer en la Biblia, junto al precepto de la limosna material, el de la limosna del corazón: "Estuve enfermo, y me visitásteis;" ni mucho menos saborear aquella sublime frase, que contiene sin duda el germen, la llama y el gozo de la caridad católica: "Lo que hicisteis al último de los míos, conmigo lo hicisteis."

La triste señora, en las secretas luchas del alma, ora dominada por la melancolía, ora por los temores de la eternidad, no conocía otro amparo que la Biblia; en los ministros de su culto no descubría realmente más que operarios de las cosas sagradas y predicadores de los hermanos, sin reconocerles misión alguna celestial para explicar autorizadamente las Escrituras, establecer la conducta moral que debían seguir las almas, ó aclarar las cosas de su conciencia.—Debo juzgar la doctrina de

los ministros, decía en su corazón, según lo que leo en la Biblia. . . El séptimo artículo de la confesión de la Alta Iglesia dice que no es necesario para salvarse lo que la Escritura no revela. . . ¿Cómo? ¿Se habrían de aceptar los propios artículos si no estuvieran contenidos en la Escritura? No. . .; veo que los anglicanos de América han rechazado con la Biblia el símbolo de San Atanasio, que admitimos nosotros los de Inglaterra: es más; han corregido con la Biblia el propio símbolo de los Apóstoles; evidente señal de que no tenemos otra guía, ni otra irrefragable autoridad que la palabra de Dios.—Y la pobre pietista se abandonaba con ímpetu á su Biblia, sobre todo en sus días más sombríos y desolados, no apercibiéndose de que ciega mente creía en los treinta y nueve artículos, suponiéndolos fundados en la autoridad de la Escritura; pero que para distinguir las Escrituras dictadas por Dios de las hechas por los hombres, no tenía más apoyo ni criterio que los propios treinta y nueve artículos.

Lo peor era que para disminuir las fluctuaciones de la mente dudosa, y para enjugar las lágrimas de su corazón, la Biblia le proporcionaba muy escaso consuelo, por

ser un libro mudo y árido, como las heladísimas obras ascéticas de sus *correligionarios*, que con sumo cuidado hacía venir de las librerías de Londres. Una de sus amigas, ardiente puseista, habíale ofrecido la *Filotea* de San Francisco de Sales, por ser un tratado de moral, de lectura dulce, al par que algunos tomos de Faber, entonces publicados, con gran aprobación de los católicos y de muchos protestantes de buena fe. Mistress Needle desfloró algunos capítulos aquí y allá, mas luego notando que aumentaba desmedidamente el atractivo de tales obras, las arrojó lejos de sí, creyéndolas peligrosas para la pureza de su fe.

En el propio Evangelio no encontraba sino un código de leyes, esparcidas á la ventura, á que creía deber sujetarse rígidamente, so pena de sentirse culpable en conciencia, y merecedora de las divinas venganzas. Mas el ternísimo relato de la infancia del Salvador no avivaba su devoción un punto más que las otras historias sagradas: estaba sumamente distante de los delicados afectos que despierta en un corazón católico la vista de un Niño Jesús en los brazos de su divina Madre; pintura que inspiró el sagrado texto de

San Lucas. Un poco más la seducían las narraciones de los admirables perdones otorgados por Jesucristo, unas veces á los pecadores, y otras á las pecadoras; procuraba notar en ellos las consecuencias de la fe, que purifica el corazón y borra las culpas; pero el "amó mucho" de la Magdalena era ininteligible é impenetrable para ella: el amor inmenso á la Persona infinitamente amable y adorable de Jesucristo no había jamás arrebatado su espíritu al abandono ardiente y confiado, efecto común de la piedad católica. Más que sentir en sí el misterio del perdón divino, se confirmaba en el convencimiento de su vida inmaculada, en que hacía estribar prácticamente la principal confianza en su salvación, bieu que en teoría la refiriera sólo á la fe según los principios de su secta. Maravillábase alguna vez de las expresiones de ternura que solía encontrar en algunos libros católicos sobre los dolores del Hombre-Dios.—¿Cómo? decía: soy tan cristiana como lo puede ser cualquiera de los cristianos; sé de memoria el Evangelio de la Pasión, y respeto á mi Redentor; mas tales sentimientos no hallan cabida en mi corazón: El Cristo se adora, no se com-padece.... Sus padecimientos, más que

otra cosa, se deben admirar, bendecir y exaltar, por ser la prenda de la salvación: esas ternuras, por el contrario, sólo tienden á disminuir la majestad del divino Mediador, á empequeñecerlo y formarle según el modelo de la humanas criaturas: no hay dignidad en semejantes devociones. Paradecirlo en breves palabras, el *consuelo de las Escrituras* pocas y ténues gotas de bálsamo derramaba en su corazón, ávido de luz, de auxilio y de seguridad.

A inquirir profundamente la causa oculta de tan doloroso desengaño, hubiera descubierto en sí misma un sutilísimo veneno de orgullo que serpenteaba en su corazón, robándole lo divino de las divinas Escrituras. Además de no recibir su Biblia de la Iglesia, infalible Maestra de la palabra auténtica de Dios y de su sentido, sino solamente de una secta humana y falaz, que hizo en el sagrado código deshonestas mutilaciones, mistress Ana, siguiendo el espíritu de la rebelión anglicana, dedicábase á la lectura como si pusiera el oído para escuchar un oráculo, cuya significación le correspondiera inquirir. Sucedió que, lejos de conocer mejor la verdad ya poseída y averiguada por conducto del vivo magisterio de la Iglesia, vagaba por aquellas

páginas difíciles de comprender, como si fuese árbitra soberana de la religión, siempre ansiosa de reunir las verdades de la fe y los preceptos de la moral, así como de levantar un edificio de creencias, en el cual se imaginaba resumir el Verbo de Dios, sin que resumiera más que sus propias opiniones sobre Jesucristo.

De aquí su maravilla cuando un mismo pasaje le dejaba un sabor completamente distinto del de ayer; se sorprendía tácitamente si alguna prescripción evangélica se le presentaba delante como un precepto absoluto; poco segura de la interpretación, comenzaba después á vacilar y á tener dudas, para concluir limitándolo á un simple consejo. De todas maneras, abrazaba el último parecer como el inmejorable, y como una nueva luz del Espíritu Santo, tranquilizándose con el testimonio de su buena conciencia.—Tú buscas, decíase á sí propia, la verdad sinceramente.—La impresión vaga, aérea, levísima que quedaba en su espíritu, al desaparecer la claridad de la luz cuando más ansiosamente la seguía con su mirada, y las vacilaciones sobre todas las cosas, sin contornos declarados y precisos entre la verdad y el error, atribuíaselas á la propia condición de las doc-

trinas religiosas. Infería, en su virtud, la necesidad del libre examen, en fuerza del cual las más rídiculas y contradictorias opiniones descansan tranquilas y fraternalmente agrupadas al pie de la Biblia, condenando sólo á los papistas, que pretenden determinar el sentido de la palabra de Dios; más que á estos veía con malos ojos á los puseistas, tráfugas de la Alta Iglesia, papistas en todo menos en confesarse tales.

En el ínterin, no hallando entre sus internas dudas el consuelo eficaz que deseaba, lo conseguía con frecuencia voluntariamente distrayendo su espíritu. Su ánimo, esquivo naturalmente y reservado, no le permitía precipitarse en el torbellino de las tertulias alegres: aborrecía las diversiones ruidosas: después de quedar viuda, no se presentó en bailes ó en reuniones de cumplido, ni siquiera en el gran *derby*, fiesta de los caballos, de precepto para todos los ingleses de pura sangre. Sólo alguna que otra vez comparecía en el palco de un coliseo para oír alguna de las óperas muy encarecidas, por ser desde muy niña sobre toda ponderación apasionada de la música; ni llevaba nunca á sus hijas al teatro si antes no había ido en persona

para examinar minuciosamente la representación, las decoraciones, el baile y todo. Privada, pues, en gran parte de los placeres del mundo, buscaba distracción en la naturaleza, en los viajes y en el estudio de las costumbres extranjeras. Tal era la secreta causa que le hacía pasar gran parte del año lejos de su suelo nativo. No queriéndola confesar á sus amigas, ponderaba la necesidad de un aire más clemente para sus pequeñas, y su propósito de procurarlas mayor variedad de ideas civiles y religiosas.

Sólo que sus peregrinaciones por los países católicos, en vez de disminuir su aversión al catolicismo, habían hecho que fuese mayor. Embebida como estaba en preocupaciones profundamente arraigadas, no sospechando ni remotamente que vivía en el error, cuanto descubría en los católicos lo interpretaba de mala manera, y lo entendía según las calumniosas aseveraciones de los protestantes. Cuando no podía desaprobár sus usos y costumbres, por ser honestos evidentemente, suponía intenciones ocultas, odiosos designios interesados y velos de hipocresía; á lo menos explicaba el poco bien innegable, atribuyéndolo á excepción. Por el contrario, todo

lo malo que hallaba atribuía á la corrupción propia del papismo, mientras indulgente hasta el exceso, disculpaba las miserias de los países protestantes. Habiendo así recorrido y aun habitado en diversas ciudades de España, no le quedó más impresión que la de un pueblo altivo y salvaje por su fanatismo; en Italia hábale parecido ver el país de la superstición; en Francia tachaba claramente á sus moradores de frívolos é irreligiosos; en Irlanda todo hedía en su concepto á embriaguez, que campeaba sobre una miseria viciosa y brutal; cada vez que daba una carrera á través de la Europa, volvía al hogar patrio más profundamente devota de la Alta Iglesia, con mayor vanagloria por no ver á su alrededor alguna de las odiosas papistas que habíanla escandalizado en alguna parte.

No se había dado nunca el caso de que la desdeñosa pietista hubiese vislumbrado alguna luz de los esplendores admirables de la sociedad verdaderamente católica: ni la fe divina, cierta é indudable, y una en todos los pueblos; ni el acuerdo del episcopado con el Obispo de Roma, ó la unión del clero con su obispo propio, y de los seglares con el clero; ni la vida enérgica de la

religión que recorre las venas del gran cuerpo universal, manifestándose en el culto exterior, uniforme en todas partes, y en demostraciones variadísimas de piedad; ni el celo puro de los sacerdotes católicos, dedicados á la santificación de los fieles; ni la multitud de las limosnas que baja voluntariamente de las manos de los ricos, y aun de los no ricos, para sostener el culto y aliviar la pobreza de los hermanos; ni los triunfos heróicos de la caridad, que consagra su vida á los enfermos, á los huérfanos y á los desventurados de todas clases; ni la pureza de las costumbres en el seno de las familias temerosas de Dios; ni el gran número de éstas, ya en las ciudades, ya en los campos: joyas bellas que brillan en la corona augusta de la Iglesia católica, poniendo de realce su perenne santidad y su mística unión con Jesucristo, su Esposo celeste. Estos tesoros deslumbradores de luz para toda imparcial mirada, no atraían la consideración de mistress Needle, por ofuscar su vista el odio, el desdén y el desprecio, que tomaba por cariño á su propia religión.

Tanto más las nubes del error se condensaban cerca de su persona, cuanto en sus viajes no había intentado

se de las condiciones íntimas de los aborrecidos papistas. Todas sus acciones juzgábalas de lejos, desde lo alto de su ciencia bíblica y por las apariencias cogidas al vuelo, hallándose ya persuadida de antemano para descubrir sólo desórdenes, abusos y corruptelas. Ni las personas con las cuales estrechaba vínculos de amistad podían desengañarla, porque, fuera de sus paisanos protestantes, no hablaba con nadie; si las circunstancias la inducían á tener alguna relación con los católicos, su costumbre invariable era no tocar nunca el punto de la religión, y no sufrir que otros lo hicieran. De modo que absolutamente no tenía más noticia religiosa que la que le suministraba su biblia, entendida según su propio capricho, pero con buena fe: ni más luz práctica en sus morales dudas que la teología fabricada con sus lecturas. Sentíase sola, solitaria y aislada en el sendero de su salvación, lo cual arrancábale algunos gemidos; pero, sin poder imaginar que sobre la tierra pudiera existir otra condición para un cristiano.

Fué una especie de milagro que en su voluntario aislamiento llegase, por decirlo así, á sorprenderla su amistad casual con la joven papista Julia de los Laureles. No

alimentaba propiamente intolerancias profundas, sino más bien relaciones de afecto y de servicio recíproco; habiendo hallado una vez su alma otra joven que rebosaba de cariño sincero, no puso término á la correspondencia, y gustó por la vez primera lo suave de la amistad, abandonándose á ella con todo el atractivo de un afecto dulce, nuevo é inesperado. Quien le hubiese dicho que el germen del vivo amor que le demostraba Julia era sólo un movimiento de caridad católica, y un intento noble de salvar su alma hermosa como también las de sus hijas, la hubiera hecho retroceder como si se tratase de una gran paradoja. De todas maneras, la gentil muchacha había sabido entrar tan adentro de su corazón, que reinaba en él aun de lejos. De aquí la impresión extraña y el terror de mistress Needle al recibir el anuncio de la irreparable desventura de Julia. Disminuido un tanto el primer ímpetu de la penatumulosa, hizo su oficio la razón, se puso á reflexionar, y concibió un plan luminoso y pío:—¡Quién sabe, decía, si la pobre Julia, que tiene un espíritu tan recto, sacará ventaja de su infortunio. .! Quizás la Providencia le dispone el camino para la luz del Evangelio. . . lejos de la atmós-

fera pestífera del papismo, podrá descubrir por sí misma el buen camino. . . ¡qué placer para mí! . . . En todo evento, como educadora, sería siempre un precioso regalo para una familia católica. ¿Y en mi casa. . .? ¿maestra de Clara y de Clemencia. . .? Pero á la larga, ¿no podría escapársele algún principio erróneo que turbase la paz religiosa de mi familia? Sí. . . no. . . —

Mistress Needle tomó la pluma para contestar á la condecita, sin saber lo que á la pluma dictaría su corazón. . . y escribiendo lloraba.

VII.

LOS EMPOBRECIDOS.

La contestación de mistress Needle á Julia fué la siguiente:

“Amiga: Ignoro lo que yo escribiré en esta carta. Tu desgracia perturba mi mente y destroza mi corazón: te contesto con los ojos vacilantes, velados por las lágrimas. Vuela, vuela, hermana mía dulce, vuela á mis brazos; sentirás cuán fuertemente mi corazón late por tí. Es imposible que no se halle algo que te convenga: se hallará. Procura sólo venir. Pero aca-

só no te sea fácil hacer un viaje tan largo, sola por completo. Será mejor que me aguardes. Cuarenta ó cincuenta días, y partiré. Es forzoso que continúe aquí este tiempo, hasta que mi John sufra el examen de curso: quiero llevarle conmigo. Nos consolaremos recíprocamente: tú perdiste la fortuna, y temo yo perder mi hijo, mi primogénito, mi todo. Me espanta mirarlo. Los médicos me imponen la obligación de apartarle por ahora de los estudios y de hacerle pasar el invierno bajo un cielo clemente. Luego en Italia. A primeros de Octubre te mandaré mi dirección precisa de Turín. Te será fácil unirte conmigo allí. Volveremos á darnos un abrazo, y se fijará el sitio de la cura invernal. Entonces tendré un poco coordinadas las ideas, confusas ahora por tan crueles accidentes, y se podrá madurar mejor el partido para tí. Tanto por si te determinas á venir á encontrarme al Parque verde, como por si te place mejor reunirte conmigo en Turín, envío treinta libras esterlinas al consulado inglés, que te serán entregadas haciendo ver tu tarjeta de visita, y dejando recibo. Clara y Clemencia te mandan un beso. ¡Pobres niñas! ¡Si hubieses visto el efecto que les han causado tus noticias!